

ntelectuales

Escribe Pablo Ney Ferreira (político)

"La ilustración es la liberación del hombre de su culpable incapacidad. La incapacidad significa la imposibilidad de servir de su inteligencia sin la guía de otro. Esta incapacidad es culpable porque su causa no reside en la falta de inteligencia sino de decisión y valor para servir por sí mismo de ella sin la tutela de otro. ¡Sapere aude! ¡Ten el valor de servirte de tu propia razón!: he aquí el lema de la ilustración".

Inmanuel Kant (1784)

Los últimos años del siglo XX serán sin duda claves para la evaluación de los acontecimientos que sacudieron al mundo, cambiando sus estructuras políticas globales a una velocidad que éste no había experimentado jamás.

Un capítulo aparte merecería la difusión cultural que ha tenido al siglo XX como su máxima expresión, alcanzando niveles de alfabetización incluso en países subdesarrollados difícilmente imaginables para un ciudadano de hace dos siglos.

Una cultura que pasa, de celdas monacales o de estructuras críticas superespecializadas a una masividad que forzosamente la transforma, tanto en su creación como en su difusión. Jamás fuimos tan informados como en el siglo XX, el desarrollo de los medios de comunicación hoy lo posibilita, y esto en materia cultural no es poco.

La falta de certezas convocantes, la relativización del poder fáctico, producto de la masificación democrática de los ciudadanos, contribuye al cuestionamiento y a la crisis de todas las construcciones culturales dominantes hasta el presente, llámense ideologías, credos o como se quiera. Todo esto sucede mientras tanto, en un panorama homogéneo económicamente hablando. El capitalismo de mercado aparece triunfante (al menos momentáneamente) frente a toda otra alternativa planteada: el homo economicus smithiano ha superado a la planificación centralizada en todos los planos empíricos posibles. Los tan mentados movimientos hacia la globalización transforman todo en universal, cuestionando las fronteras nacionales, y entrando en un paradójico conflicto con los movimientos nacionalistas y xenófobos que florecen alegremente por doquier, en un intento por particularizar o privatizar (en una visión global) las construcciones culturales nacionales.

Todo este caótico paisaje afecta también a los productores de conocimiento tanto de occidente como del resto del mundo. Los intelectuales también están en crisis, sus objetivos, métodos, lealtades, y creencias se han visto contrariados por los caprichos de la historia y de la realidad que no siempre se comporta de manera previsible.

De la reformulación de esta clase ilustrada, de sus compromisos futuros, es que depende buena parte de la cultura que va a resultar como alternativa válida a lo que parece estar cambiando. Es a ellos y a sus tendencias pretéritas y futuras que dedicaremos esta breve nota.

Pero... ¿quiénes son estos sujetos?

Los intelectuales constituyen una clase particularmente homogénea y en constante crecimiento. El desarrollo del sector educativo terciario es una característica que les brinda un crecimiento notable, sobre todo en el siglo XX, constituyéndose en un factor de poder de enorme importancia.

Por más que resulte difícil englobarlos a todos en una misma categoría, podemos decir sin grandes discusiones, que ellos estuvieron en todas las civilizaciones aunque con sus peculiaridades caracterizantes, tanto a nivel de clase como a nivel individual. Demás está decir que ellos son hijos de su propia creación intelectual y de la de sus antecesores, siendo por ello un producto tanto histórico como social.

Desde la casta sacerdotal del antiguo Egipto, los mandarines de la China clásica, pasando por los sofistas y otra serie de escuelas de pensamiento clásicas, las cuales como veremos tienen algunos pensadores que se podrían asociar fácilmente al moderno intelectual, los clérigos itinerantes del período medieval, los grandes doctos humanistas del período renacentista, los filósofos de la ilustración, etc. todos los encargados de producir cultura, arte, literatura, filosofía, estarían englobados en un gran continuo histórico que no tiene grandes fracturas.

Brevemente podemos resaltar, un tanto caprichosamente, algunos mojones interesantes en este continuo histórico con un criterio más que nada anecdótico.

Entre los pensadores clásicos, Platón aparece como el más partidario del gobierno de los filósofos (los intelectuales de época), y es en su famosa "República" donde defenderá el argumento de una suerte de despotismo ilustrado. El orden de la ciudad platónica es tal, que Luciano dirá de ella que el único que podría vivir allí sería el mismo Platón. La ciudad platónica tuvo su oportunidad histórica en Siracusa, ciudad perteneciente a la Magna Grecia, y en la que el mismo Platón experimentó las fallas de su ciudad ideal, y de su rey filósofo. También podríamos citar como ejemplo de esta idea a Alejandro Magno y a su peripatético tutor.

Más tarde en la historia comienzan a aparecer, numerosas y brillantes utopías cristianas, pero en todas ellas hay algunos factores recurrentes. La imposibilidad de salir del dogma los encierra en una ciudad escatológica (por ej. la agustina "Civitas Dei"), que más que proveer instrumentos para la vida comunitaria y para el logro de la verdad, los encierra en un totalitarismo religioso (el Estado siempre tiene una labor rectora) que vaga en círculos concéntricos sin poder salir de los límites que se autoasigna. La búsqueda de la verdad no puede tener límites racionales ni empíricos, este tipo intelectual es un intelectual limitado, por lo cual no es libre, y sus conclusiones también estarán limitadas así como sus aportes. Más que preparar al hombre para enfrentar la vida real, este tipo de intelectual lo prepara para una vida eterna y metafísica, muy lejana de los problemas cotidianos.

El caso de los humanistas renacentistas entre el siglo XVI y el XVII, quizás la generación más maravillosa de mentes que ha dado la historia, la búsqueda del pasado (eran todos eruditos latinistas y clasicistas) los obsesionaba, lo cual y compartiendo en parte las críticas marxianas no les permitía actuar con un verdadero sentido de progreso.

Pero uno de los ataques fundamentales y más brillantes que realizaron fue contra la escolástica medieval cristiana, contra la cual, particularmente tanto Erasmo de Rotterdam como Petrarca argumentan en forma contundente, lo que ocasiona la prohibición inmediata por parte de la Inquisición romana de los textos de Petrarca como de los erasmistas.

Erasmo desde el "Elogio de la Locura", arremete contra los filósofos y los teólogos, a los que acusa de utilizar un lenguaje imposible de comprender y de una utilidad meramente sofisti-

cada (en su mala interpretación). La inutilidad de la filosofía escolástica, discurría, se comprueba lo mismo en el fondo que en la forma: a unos temas esotéricos corresponde una jerga ininteligible (y viceversa), lo que no ocurre con los clásicos del cristianismo, inclusive con la Biblia. El mismo Erasmo desde su "locura" o stultitia en latín, ya que estamos, nos recuerda desde una de sus famosas obras un buen ejemplo de sus razonamientos y sus preocupaciones —de los escolásticos—: entre sus preocupaciones están siempre según Erasmo y solamente a modo de ejemplo: ¿por qué canales se filtró a la posteridad el pecado original? ¿por qué medios y en cuánto tiempo se formó el cuerpo de Cristo en el vientre de la Virgen? o algunas otras interrogantes más exquisitas como, ¿existe un instante en la generación divina? ¿hay varias filiaciones de Cristo?, si Pedro hubiese consagrado mientras el cuerpo de Cristo estaba en la cruz ¿qué habría consagrado? o incluso fuertes discusiones sobre el idioma de las huestes de ángeles.

Cuenta luego Erasmo, el discurso supuestamente por él presenciado, de un octogenario teólogo que parecía ser la misma reencarnación de Escoto, en estos términos: "Tratando de explicar el nombre de Jesús demostró con admirable agudeza que todo lo que se podía decir de él se encontraba ya en las letras de su nombre. Del hecho de que el nombre de Jesús tiene en latín sólo tres casos, deducía un símbolo evidente de la Trinidad divina. El primer caso (Jesús) termina en s, el segundo (Jesum), en m, y el tercero (Jesu), en u, lo que entraña un misterio inefable: que Jesús, según estas tres letras, es lo sumo, lo medio y lo último. Haciendo un análisis matemático, estas letras escondían un misterio todavía más profundo. Dividió la palabra Jesús en dos partes iguales, dejando en el medio la s. Demostró después que esta letra era idéntica a ¿una letra hebrea? que se pronuncia syn. Syn en escocés significa, según creo, pecado. Era evidente, pues que Jesús era el que quitaba los pecados del mundo". Este es un típico argumento escolástico, con los que esta escuela de pensamiento medieval ha iluminado al mundo justo en sus oscuros abismos de ignorancia.

Pero basta de historia y pasemos al origen moderno del término intelectual.

Su origen lo podemos encontrar en la mitad del siglo XIX, en la lengua rusa. El término "intelligentsia" fue acuñado por el novelista ruso P.D. Boborykin, y casi simultáneamente tomado por I.S. Tugueniev, transformándose en un vocablo que indicaba a un grupo social muy particular de la Rusia zarista.

Pero el origen occidental del término lo encontramos muy concretamente vinculado al affaire Dreyfus. El director del diario "Aurore", en ese momento Clemenceau, ideó un título para una nota publicada el 14 de enero de 1989 que se llamaba "Manifeste des intellectuels". Este célebre manifiesto estaba firmado por la flor y nata de los pensadores franceses de la época como por ejemplo Zola, los dos Halévy, A. France, L. Blum y Marcel Proust, quienes exigían la revisión del proceso a Dreyfus. Desde ese momento la palabra intelectuales pasa a denominar a un grupo social fácilmente ubicable en todas las ciudades de occidente, y la ciudad de París pasa a convertirse en la meca de los intelectuales.

Antes de este hito fundacional (por llamarlo de alguna forma), desde el Siglo XVIII, algunos sectores de la burguesía ya comienzan a juntarse bajo una especie de sentimiento gregario a partir de algunos temas como por ej. la oposición a la iglesia, la apología de la razón, y la resistencia a un poder real omnipotente.

El cuestionamiento de los paradigmas socialistas, el declive ideológico de la iglesia católica como productora de cultura en el mundo occidental, la secularización del conocimiento, producto de un proceso que podemos seguir por lo menos desde la ilustración francesa, la ciencia y tecnología cada vez más omnipresente, cubriendo de racionalidad técnica la salvaje naturaleza de las cosas, han cambiado las formas de pensar el mundo de una manera tal que aún no podemos evaluar en su totalidad.

Dentro de éstos la fracción más avanzada y "progresista" son los philosophes ilustrados, reunidos alrededor de Diderot en su legendaria "Enciclopedia". Uno de ellos, D'Alembert es quien escribe un "Essai sur les gens de lettres" (1753), que puede considerarse como el primer estudio en el sentido moderno sobre el problema de los intelectuales.

El guardián de las tradiciones por excelencia, Edmund Burke en "Reflections on the Revolution in France", una clásica crítica a la revolución francesa y libro de cabecera de los conservadores del siglo XIX, publicada en 1790, va a alertar a la burguesía inglesa sobre las potencialidades de esta clase ilustrada, que posee ya un gran ascendente sobre sectores amplios de la burguesía.

Desde otra tradición filosófica el joven pensador alemán Fichte en 1794, respondía desde sus célebres menciones sobre la misión del docto, en una clara clave kantiana: "... reivindicando la autonomía de los doctos y la libre comunicación del saber como la expresión fenoménica más cercana al ideal kantiano de la autodeterminación como fin en sí mismo de los seres racionales. Además, para Fichte, la autonomía del docto no puede realizarse en el aislamiento: su tarea consiste en conocer las necesidades de su tiempo y los remedios para satisfacerlas, promoviendo la más amplia y orgánica cooperación entre los hombres, como forma de socialización de la libertad" (Bobbio, 1994).

Los que van a completar este debate sobre el rol de los intelectuales serán los dos filósofos más importantes, al menos en términos políticos influyentes, del siglo XIX: Alexis de Tocqueville, y Carlos Marx.

Por un lado Tocqueville sostiene que la politización de los intelectuales es negativa, su proclividad a las ideas extremas y a la simplificación de los complejos problemas sociales será negativa para la libertad política y para el manejo de los asuntos públicos.

Marx, desde un punto de diagnóstico similar llega a conclusiones totalmente distintas. Los intelectuales no son una clase revolucionaria en sí, sino que a lo sumo podrían llegar a una alianza bajo el liderazgo de la única clase universal que rompería las cadenas de la explotación: la clase obrera. O sea que a lo sumo a los intelectuales se les asigna como rol político, ser compañeros de ruta bajo la hegemonía de la clase proletaria.

El futuro de los intelectuales

El perfil político de los intelectuales occidentales en el siglo XX, por lo menos hasta las últimas dos décadas es bastante claro. Se trata de individuos con un fuerte sentimiento gregario, con un fuerte sentimiento laico, pertenecientes a numerosas corrientes de izquierda pero generalmente comulgantes con el marxismo independiente o con el soviético. Algunos es cierto, han tenido coqueteos con la experiencia maoísta en China (Jean Paul Sartre, Simon de Beauvoir, Vivian Trias en América Latina), pero en general les sedujo más la experiencia euroasiática que comienza con la Revolución Soviética.

Es por eso que el debate sobre los posibles caminos que los intelectuales deben seguir, va desde la alianza con la clase obrera, la vanguardia de la burguesía o un tercer camino laudatorio de las diferencias entre las clases.

Según Mannheim, la tercera vía se convertiría en una propuesta de guía, de dirección social

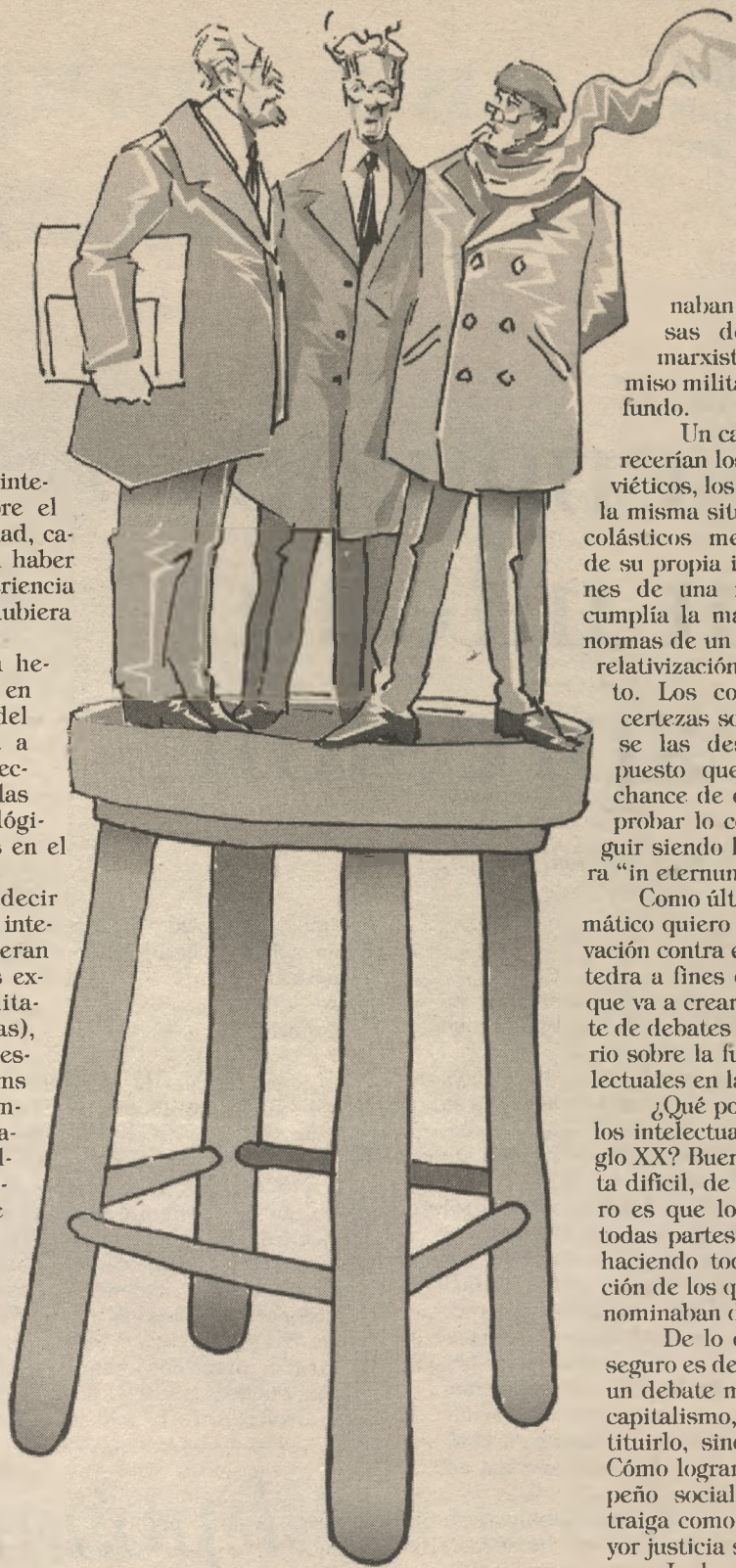
y política de los intelectuales por sobre el resto de la sociedad, camino que podrían haber tomado si la experiencia de la ilustración hubiera continuado.

Pero hay un hecho fundamental en la primera mitad del Siglo XX que va a unificar a los intelectuales por sobre las diferencias ideológicas: los fascismos en el poder.

No quiero decir con esto que los intelectuales estuvieran ausentes en estas experiencias totalitarias (o en otras), puesto que como escribía John Adams en 1790 "Los hombres malos se desarrollan intelectualmente con la misma rapidez que los hombres buenos, y la ciencia, el arte, el gusto, la sensibilidad y las letras pueden utilizarse para fomentar la injusticia y la tiranía como para fomentar el derecho y la libertad para favorecer la corrupción como para estimular la virtud".

Existe un mito del intelectual como opositor sistemático de todo orden social injusto, esto al menos es relativo, no siempre los intelectuales se ponen del lado del "pueblo" o del "progreso" sino que los admiradores de Esparta se encontraban en gran número en el interior de los muros de Atenas, así como los del III Reich o de la Unión Soviética en los salones o los cafés de la "rive gauche".

Luego de ese período de unificación frente a un enemigo común de los intelectuales, que tuvo como lugar histórico los "frentes populares antifascistas", se da una particular división que a grandes rasgos es la siguiente: por un lado los intelectuales liberales, sobre todo en los Estados Unidos (a pesar de la "New Left") y en Inglaterra (en menor proporción), con excepciones como las de Raymond Aaron, en Francia; por otro lado los intelectuales "behind the wall", soviéticos y europeos del oriente (con alguna excepción como puede ser Checoslovaquia preprimavera de Praga), y por el otro la mayoría, los intelectuales de Europa Occidental y América del Sur, que prego-



naban corrientes diversas de la escolástica marxista, con un compromiso militante bastante profundo.

Un capítulo aparte merecerían los intelectuales soviéticos, los cuales estaban en la misma situación que los escolásticos medievales, presos de su propia impotencia. Rehenes de una ideología que no cumplía la más mínima de las normas de un libre pensador: la relativización del conocimiento. Los conocimientos, las certezas son tales hasta que se las desmiente, por supuesto que si no tengo la chance de desmentirlas o de probar lo contrario van a seguir siendo la adecuada lectura "in eternum".

Como último episodio traumático quiero recordar la sublevación contra el nihilismo de cátedra a fines de los años 60, lo que va a crear toda una corriente de debates a un nivel planetario sobre la función de los intelectuales en la sociedad.

¿Qué podemos esperar de los intelectuales a fines del siglo XX? Bueno, es una respuesta difícil, de lo que estoy seguro es que los intelectuales en todas partes del mundo están haciendo toda una revalorización de los que en su época denominaban democracia formal.

De lo que también estoy seguro es de que se está dando un debate muy fuerte sobre el capitalismo, pero no como sustituirlo, sino como mejorarlo. Cómo lograr un mayor desempeño social del mismo, que traiga como correlato una mayor justicia social.

Incluso hay una especie de reformulación total de la sociedad y de sus bases constitutivas, que va más allá del debate sobre las instituciones, y que llega a los conceptos de sociedad justa que están en el contrato primitivo, para desde allí elaborar principios de justicia que posibiliten un sistema capitalista pero sobre nuevas bases morales.

También creo que hay un retroceso hacia las "trincheras". El intelectual, si bien puede estar comprometido, ha regresado a las universidades, a los escritorios, un tanto perplejo todavía ante la magnitud de estos cambios.

A los intelectuales por supuesto que les cabe gran responsabilidad, sino en la reformulación política de la sociedad por lo menos en la cultural. Creo que sobre todo en este gran debate moral que se está dando en el marco de las nuevas democracias, los intelectuales tienen mucho para decir y aportar al debate. La política es una actividad demasiado importante como para dejarla sola en manos de los políticos.

Esperemos que los intelectuales estén a la altura de la responsabilidad de las circunstancias, y que colaboren cualitativamente con una sociedad que también tiene una ardua tarea por delante.